LA JAULA DEL CANCILLER AYALA

Por una ventana de la estancia-altas techumbres, muebles de severa traza-entra el sol de la tarde. Media Abril. La ciudad parece envuelta en un fanal de dorada luz. Un caballero, de pie junto al vano iluminado, la contempla, mientras medita. De pronto, sale de su abstracción, da unos pasos y se acerca a una mesa. Se sienta, trata de escribir. Inútilmente. Se le resisten las ideas, se le encalabrina la pluma. Reclina unos instantes la cabeza hacia atrás, en el espaldar del sillón. Cierra los ojos, medita de nuevo. Luego, vuelve a ponerse de pie, y pasea por la estancia.

Es joven aún el caballero. Tiene treinta y cuatro años. Su estatura es aventajada, enérgicos sus rasgos. ¿Pero por qué no pintarlo con los mismos trazos que nos legó su sobrino, Fernán Pérez de Guzmán, en sus Generaciones y semblanzas? "Fué este don Pero Lopez de Ayala alto de cuerpo, e delgado, e de buena persona; hombre de grant discrición e abtoridad e de grant consejo, así de paz como de guerra. Ovo grant lugar cerca de los reyes en cuyo tiempo fué. Pasó por grandes fechos de guerra e de paz. Fué de muy dulce condición, e de buena conversación, e de grant conciencia, e que temía mucho a Dios. Amó mucho las ciencias, diose mucho a los libros e estorias. Grant parte del tiempo ocupaba en el leer e estudiar, non en obras de derecho, sinon filosofía e estorias. Amó mucho mugeres, más que a tan sabio caballero como él convenía".

¿En qué medita, qué piensa en esta hora Pero López de Ayala? Su semblante está sereno. Sólo en sus ojos se advierte una honda, febril lucecilla, delatora de alguna tormenta del espíritu. Por su mente va pasando, como por un espejo turbado, toda una teoría de sombras, gozosas unas, amargas otras. Los primeros años en la tierra alavesa, de campos húmedos y verdes; la ciudad na-

tal, Vitoria, acogido a la sombra de la madre, que sabía refrescar el alma con las dulces consejas de su solar montañés; las lecturas iniciales elegidas por su padre, gran devoto de las "estorias de cosas grandes et nobles que en el mundo hubiesen pasado"; aquellas lecturas entretenidas y sabias, como los apólogos del príncipe don Juan Manuel y los consejos de su tío el cardenal Barroso; su vida de doncel en el palacio de Castilla, junto al príncipe don Pedro, violento y caprichoso, o en la casa del Infante de Aragón. ¡El príncipe don Pedro!... ¿Por qué, al llegar a este pasaje, la memoria del caballero da un brusco salto y se detiene como negándose a repetir viejas imágenes? ¿Qué negros nubarrones se han posado entre Pero López y el hombre poderoso que rige los destinos castellanos? Apenas han transcurrido unos días desde que saliera con él de Burgos, por última vez, en compañía de unos cuantos-muy pocos-caballeros. Huía de la ciudad el rey don Pedro, tan temerario en impulsivo siempre, ante la proximidad del bastardo don Enrique. Bajó con su escolta a Toledo, pero se detuvo escasamente unas horas. Ni allí se sentía seguro. Y escapó a Sevilla. (No lo acompañó Pero López en esta segunda estapa del viaje.) El camino le había servido para reflexionar largamente: para decidirse a poner en ejecución viejos pensamientos, compartidos con su padre.

Pero no es el último viaje con don Pedro lo que ocupa en este instante la atención del caballero. Por su mente siguen pasando las sombras de los días lejanos. Su juventud aureolada de regias mercedes; sus correrías (por los mares de Levante), como capitán de la flota real; aquella hora risueña en que recibió el cargo de alguacil mayor de Toledo. Y, luego, las crueldades del monarca, sus violencias, sus persecuciones, el profundo malestar de los súbditos, que cada vez manifestábase más abiertamente; la lucha con aquel hermano, que iba ganando, de la parte del de Trastamara, la voluntad de muchos nobles y prelados... ¿Era ésta, sin embargo, la razón que sumía en cavilaciones a Pero López de Ayala? Y, ¿por qué, cuando todas las dudas estaban resueltas y medidos todos los inconvenientes, se apoderaba de él esta especie de angus-

tia, esta nueva crisis que lo detenía en el umbral de su resolución? ¿Se trataba de un tardío escrúpulo de conciencia? ¿O era una cautela más de su espíritu para no dar un paso en falso? (Si estaba decidido a pasarse al bando de don Enrique, ¿por qué esta súbita vacilación?) ¿Podía detener ya la partida, dejar solo a su padre en aquel trance?

Poco a poco, la luz ha ido retirándose de la estancia. Es ya casi de noche. En la penumbra, la figura de Pero López va y viene de un rincón a otro. Parece como si en este momento lucharan en su sangre, arrebatadamente, la firmeza del vasco y la astucia del cántabro que lleva a la vez. Dos sombras se asoman constantemente-agigantándose, desapareciendo, volviendo a surgir-en el cristal de su pensamiento. Don Pedro, don Enrique... (¿Cuál de las dos vencerá?...) Aún no consigue Pero López disipar la última vacilación. En ese instante, se abre una puerta y aparece un anciano. Su caballero. mirada fría, despejada, va derecha a los ojos de en la semi oscuridad. El hombre de la meditación parece despertar, repentinamente, de un doloroso sueño. Responde con la suya a la mirada del recién llegado. Se ciñe la espada y dice resueltamente:

—¡Vamos, padre!

Unos instantes después, en la calle se oye alejarse el trote corto de unos caballos.

x
x x

Los días son pesados y tristes en el castillo de Oviedes. Las tierras portuguesas, doradas y secas, se envuelven en una áspera soledad. Baja de las piedras de la fortaleza un largo silencio, que corre por la llanura, se ondula con el lomerío de la campiña y va a fundirse en las montañanas lejanas. Todo es monótono e inalterable. Pero hay alguien dentro del castillo a quien esta soledad y este silencio le llenan el espíritu de consuelo. Hay alguien, que no es el señor de Oviedes ni el capitán de sus mesnadas, al que la paz de este retiro le ayuda a soportar sus cuitas. Es el caballero Pero López de Ayala. No goza de libertad. Entre estos muros vive desde hace cerca de un año, y la saña de sus carceleros no ha tenido de los duros grilletes que le opriman las carnes; además ha encerrado su cuerpo en una jaula de hierro.

¿Qué torvas culpas paga de este modo el castellano?¿Por qué tanta fiereza con el caído?¿No es ya mucho a su altivez las paredes de una prisión,y se recurre además al trato que merecen las bestias feroces?

A Pero López le blanquean ya las sienes.Tiene cincuenta y tres años.En el gesto se le han apagado los destellos de otros días,aunque en su mirada alumbra el recóndito fuego que alimenta su pensamiento.Postrado,casi inmovil,sufre el castigo entre los reducidos límites de su cárcel,y sólo alienta para un menester:escribir.Dolorosa vocación que,para expresarse con mayor hondura, ha tenido que verse entre cadenas.De este trance nacerá-le nacerá a López de Ayala el enjaulado-uno de los libros más hermosos de los tiempos medios españoles:el Rimado de Palacio.Y,con él,en los ratos de ocio,que son todos, aunque no de inspiración para componer gozos y loores,el Libro de cetrería o de las aves de caza,reunión de amenas páginas donde el cronista ha ido fundiendo relatos de costumbres,deportes caballerescos,datos históricos sobre reparación y geográficos de España,servido todo ello por un raro y rico vocabulario.

El caballero,adolorido,lleno de pesadumbre,vive para su íntima ilusión. Ya Pero López de Ayala no siente otra dulzura que la de sus versos.A veces quiere evadirse de esta magia que le brota de la más honda melancolía.Pero casi nunca lo consigue:se enreda su aspiración en el propio afán de ir escribiendo.Escribe,escribe con pasión el prisionero.No sabría decir por qué, en este infinito calvario,las penas se le trocan,al salir al exterior,en leves suspirillos,en pequeñas canciones.¡Quién diría que el grave moralista,el historiador reflexivo,el inquieto guerrero,no cuenta ahora,para desahogar sus desdichas,más que con el sentimiento desnudo,con las escondidas fibras que se agarran a la queja musical como a un dulce y seguro asidero!

Dexáronme olvidado
En una prisión escura,
De cuydado e tristura
Me fallaron muy penado.

En una prisión oscura,Pero López piensa en el abandono en que lo han dejado los placeres,las alegrías de otros tiempos.Pero no lo lamenta con destemplados gritos:su voz sigue diciendo en voz baja los duros reveses del alma:

Así man desanparado
Sin los nunca merecer,
Ca siempre amé plaser,
De alegría fuy pagado.

Sí,el caballero gozó de bienes del alma y del cuerpo a lo largo de su vida. Por eso,al ver cómo cuerpo y alma se enfrían y se entristecen dentro de los barrotes de la jaula,deja volar sus gemidos,y dice en un supremo esfuerzo de la fe:

Sennor muy piadoso,con lágrimas te pido
De aquesta tan grant cuyta que tanto he sofrido,
Sea por tí librado,non me dexes en olvido,
Ca mucho yo fallesco e so atormentado,
E flaquesa me crese e ménguame el sentido:
Sentido e cuerpo,todo tengo llagado.

Preguntémonos de nuevo:¿qué terrible delito paga en esta prisión Pero López de Ayala? Hace muchos años,en una hora de su juventud,el caballero abandonó a su rey para acogerse al de bando. Eran los días en que el legítimo señor de Castilla dejaba el alcázar sevillano y pasaba casi en soledad a Portugal y Galicia buscando por mar el auxilio de los ingleses.El conde de Trastamara se había proclamado ya rey de Calahorra.Avanzó de esta ciudad a Burgos,de Burgos a Toledo,y de Toledo a Sevilla, ganando sin lucha el dilatado ámbito castellano y la voluntad de sus súbditos. Don Enrique premió la defección de López de Ayala con el cargo de alférez mayor de la Orden de la Banda.Vino el desquite de don Pedro,y en la batalla de Nájera,el caballero,que entró en ella empuñando el pendón de la Orden,cayó prisionero del Príncipe Negro-del príncipe de Gales,Eduardo-que acaudillaba

las tropas del monarca derrotado. Seis meses de cautiverio fueron plazo bastante para que, al ser rescatado y volver a Burgos, hallara, con el retorno triunfal de don Enrique -que había huído a Francia tras la derrota de Nájera- compensación a sus descalabros. Algún tiempo después en Montiel se sellaba la suerte de los Trastamara. El cuchillo del bastardo y la astucia de Duguesclín acabaron con la vida del tormentoso don Pedro. López de Ayala no asistió a las jornadas de Montiel, aunque le alcanzaron sus beneficios. En aquel mismo año pasaban a sus manos la posesión del valle de Llodio, que su padre había tenido en litigio durante muchos años; la Puebla de Arcinlega y la torre del valle de Orozco. Un lustro después, lograba confirmar el mayorazgo instituído por Fernán Pérez, que había acabado refugiándose en la orden de dominicos, y recibía los cargos de alcalde mayor y merino de la ciudad de Vitoria. Todavía en 1375 era nombrado alcalde mayor de Toledo, dignidad que en aquel tiempo se reputaba una de las más altas del reino. Los favores de Enrique II lo colmaron de señorío y de bienes de fortuna. Y también los de Juan I, su hijo.

~~Desempeñó el gran historiador graves misiones diplomáticas en Aragón y Francia, y el rey de este último país, Carlos VI, pagó sus consejos militares en la batalla de Roosebeck nombrándole su camarero y otorgándole una pensión.~~ Merecida. Medisba agosto de 1385 cuando el destino volvió a traer vientos de desgracia. Las armas de Castilla y de Portugal -los dos primeros Juanes de ambos países- decidieron medirse en Aljubarrota. Trabóse la batalla contra el parecer del poeta; pero no por eso dejó de tomar parte en ella. Luchó, llevando de nuevo el pendón de la Orden de la Banda, y fué herido malamente. En el desastre perdió dientes y muelas y, lo que es peor, la libertad. A manos de los portugueses fué a dar con sus huesos en las piedras de Oviedes, en los hierros humillantes de aquélla jaula en donde yacía, sombra de su grandeza. ¿Quién lo sacaría de ella? ¿Escucharía, al fin, alguien sus lamentos?

El caballero ha ido reconstruyendo, entre verso y verso, los pormenores de su existencia. La soledad y el silencio del castillo ahondan su íntima congo-

ja.Los dolorosos suspirillos siguen manando de su alma como agua clara:

Dé la mar eres estrella,
Del cielo puerta lunbrosa,
Después del parto donsella,
De Dios Padre fija,esposa.
.....
Sennora,estrella lusiente
Que todo el mundo guía,
Guia a oste tu serviente
Que su alma en tí fía.

x
x x

Por un ventana de la estancia entra el sol de la tarde.Un sol tímido y ruboroso,que quiere ya reir con las gracias de la primavera.La ciudad-Calahorra-parece envuelta en un fanal de dorada luz.El caballero, hundido en un sillón de vaqueta,escribe sobre una mesa,con pulso temblón. Ha llegado ya a la ancianidad Pero López de Ayala.Sobre sus espaldas pesan setenta y cinco años de intensos trabajos,aventuras y experiencias.Ha sido actor en la mayor parte de los acontecimientos políticos de su tiempo;ha guerreado,ha sufrido prisiones y confinamientos,ha participado en revueltas y asonadas.Títulos y caudales,amasados con ambición,enriquecen su casa,y su nombre se ha abierto paso entre los grandes cultivadores de la prosa histórica y de la poesía culta.De las cortes extranjeras en donde vivió supo recoger aires de renovación para la rancia solera castellana,y su más vivo afán de escritor ha sido imprimir a sus crónicas una huella humana donde se reflejara inequívocamente el carácter social de su época.

Ahora Pero López,casi agotadas las energías,desmedrado el aliento,no tiene otra preocupación que sus escritos.Vive exclusivamente para su obra.Para lo que resta de su obra.¿Será todavía muy dilatada? Se diría que la sombra de la muerte,que ya le acecha,le acucia a rematar cuantos propósitos cuajaron en su mente.Una ambición lo devora:dar fin a la crónica del último monarca

que ha servido: Enrique III. Pero López de Ayala ha conocido en su larga vida a cinco reyes: Alfonso XI, Pedro I, Enrique II, Juan I y el que acaba de morir, Enrique III, padre de un niño-Juan II-que empezará a reinar cuando aun no ha cumplido los dos años. Del reinado de los cinco monarcas, Ayala ha escrito la historia que corresponde a los cuatro últimos. En esa ingente tarea, el historiador ha procurado servir dos grandes aspiraciones: la fidelidad rigurosa al hecho, y la pintura real y desapasionada de los caracteres. Puso toda su tenacidad en el estudio de las almas, sin olvidar la narración pintoresca del ambiente y de los detalles episódicos. Por eso, las figuras que él ha dejado trazadas despiertan en los hombres vivísimo interés y lo seguirán despertando, muchos siglos después de su muerte.

¡Qué melancólico gozo el contemplar la obra cumplida o a punto de cumplir! Parece como si de nuevo se volviera a pasar por las mismas sensaciones y angustias que la engendraron. Este viejo cronista y poeta que ahora contemplamos dejará, con sus historias, versos de arte mayor, cantares y alejandrinos engarzados en el polvoriento tetrástrofo; pero dejará, además, abundantes traducciones que abrirán, para muchos, el conocimiento de los maestros de la antigüedad: las Décadas de Tito Livio, los Morales de San Gregorio el Magno, De Consolación de Boecio, De summo bono de San Isidoro, la Crónica Troyana de Guido de Colonna, la Caída de príncipes de Boccaccio... Al caballero Ayala le place ir repasando mentalmente estas páginas, en la tarde de plácido sol, amparado en el sosiego imperturbable de la estancia. Y le place también enlazarlas con las horas vividas, ya casi olvidadas, cada una de las cuales aumentó su hacienda o su prestigio. Recuerda, recuerda Pero López aquel día de su salida de Oviedes, el subido rescate pagado por su mujer, en treinta mil doblas de oro. Final de plorable-piensa el anciano-tras el más deplorable cautiverio de la jaula. Y después... después, los últimos peldaños de una escala luminosa, el Consejo de Regencia en la minoridad de Enrique III, la Cancillería Mayor de Castilla, opulencia para sí y para los que lo rodean...

to del reino, aunque no el enojo del joven rey. La participación, luego, en el Consejo de Regencia, ya en la minoridad de Enrique III, desde el cual pudo concertar paces con Portugal y poner fin a las pugnas de los monarcas en la península. Y, por último, la hora de su exaltación a la Cancillería Mayor de Castilla, altísima merced que, como las penas o las venturas, no vino sola, sino trayendo consigo la de merino mayor de Guipuzcoa y la de alcalde mayor de Toledo para sus dos hijos.

Todo lo ha sido, todo lo ha logrado Pero López de Ayala. Gloria, honores, fortuna. Y ahora sonríe al hacer el recuento. Sonríe, lejos del mundo, en este blando retiro donde se afana por atrapar la última ilusión. ¿Qué se esconde tras de la sonrisa del viejo Canciller? ¿Por qué, al desgranar el rosario de sus victorias, se dibuja una extraña mueca en sus labios? ¡Ay, si lo que esconde el pensamiento pudiera, a veces, leerse¡ El caballero va trazando su confesión allá en la intimidad. Sí, su nombre fué honrado como ejemplo de caballeros; no se ha manchado su vida con actos de crueldad ni de impureza moral, pero un pequeño demonio fué atizándolo constantemente la ambición y, con ella en el alma, buscó utilidad en lo propio y en lo ajeno, incluso en el dolor que le inflingieron los demás. Sus andanzas cortesanas y políticas, nadie podría diferenciarlas, en punto a lealtad, de las de sus contemporáneos, pero ¿no hubo siempre en ellas un cálculo interesado, un deseo de aparentar lo contrario de lo que en el fondo bullía? ¿Qué fué la suerte misma sino un peón más en el tablero de sus combinaciones? Hidalgo pobre nació. Noble y rico y poderoso era. Sí, su vida había sido una jugada perfecta, tan perfecta que él solo podía ver lo que tenía de jugada. Pero bastaba. Bastaba con que él lo viera...

Y al Canciller se le va extinguiendo la sonrisa en los labios, y la mirada se le posa en los libros, en los papeles que tiene cerca. Allí, sólo allí, ha puesto su alma un poco de sinceridad y de pureza. Sólo allí se ha atrevido la mano a grabar el pensamiento íntimo, la verdadera historia, entre tantas historias ajenas. En aquellos versos que se completará el Rimado después de la pri-

sión,ha dejado Pero López constancia de sus pecados,de sus culpas,de sus yerros.Sólo allí se ha atrevido también a arremeter contra los yerros,los pecados y las culpas de los hombres de su tiempo.A nadie olvida.Con nadie se muestra indulgente.El moralista,que empieza por reconocer sus propias flaquezas, deja caer el látigo contra poderosos y humildes.Y así pinta los vicios de la más alta sede de la iglesia:

El Obispo de Roma que Papa es llamado,
.....
Está cual lo vos vedes,malo nuestro pecado;
.....
Agora el Papadgo es puesto en riqueza
.....
Ca nunca vieron Papa que moriesse en pobreza.

¿Y el clero bajo? También se dirige a los clérigos libertinos y desmandados,que hacen de su ministerio un permanente sarcasmo.Y dice de ellos:

Si estos son ministros,sónlo de Satanás,
Cá nunca buenas obras tú facer los verás:
Gran cabaña de fijos siempre les fallarás
Derredor de su fuego:que nunca y cabrás.

Y el mismo tono emplea para los avaros y mercaderes,que esquilman al hambriento y se aprovechan de su indigencia:

Fasen escuras las tiendas,et poca lumbre les dan,
Por Bruxellas muestran Ipre,y por Mellina,Roán,
Los paños violetas bermejos parescerán,
Al contar de los dineros las finiestras abrirán.

Y luego los letrados que admiten el cohecho,los jueces venales y corrompidos, burladores de la ley y del dolor humano.A ellos se refiere,tomando la primera persona:

Si toviese el malfechor alguna cosa que dar,
Luego fallo veinte leyes con que le puedo ayudar.
.....
Si el cuitado es muy pobre et non tiene algun cabdal,
Non le valerán las Partidas nin ninguna Decretal:
Crucifige...crucifige...todos dicen por el tal,
Cá es ladrón manifiesto et meresce mucho mal.

La indignación del Canciller Ayala alcanza a todos. Inclusoa cortesanos y nobles, gentilhombres y magnates, todos los que rodean con sus zalemas y sus asechanzas el trono. Solamente en las últimas estrofas, al cerrar la composición del Rimado, el poeta se ha elevado sobre lo terrenal y oscuro, para cantar con miserativo el destino efímero de los hombres:

¿Qué fué estonce del rico et de su poderío,
Dó la su vana gloria et orgulloso brío?
Todo es ya pasado, et corrió como río.
.....
¿Dó están los muchos anos que avemos durado
En este mundo malo, mesquino et lazrado?
.....
¿Dó están las heredades eb las grandes posadas,
Las villas et castillos, las torres almenadas?

El Canciller se ha preguntado por los años que pasaron. Quiso entonces, al cantar, sujetarlos al carro de su creación, porque la auténtica misión del poeta es luchar con el tiempo, reducirlo a una cifra eterna. Pero hoy no pregunta. En esta hora en que va declinando su vida, todo el tiempo le viene escaso para mirar hacia adelante. Escribe, escribe con ansia, como si temiera la presencia repentina de una mano que viniese a limitarle el espacio. Quiere vencer los últimos renglones de su crónica, de la crónica del rey ya desaparecido, e ignora que, antes de alcanzarlos, también él desaparecerá. Un momento deja caer la pluma sobre la mesa. Se siente fatigado. Endereza el busto, y luego lo reclina en el sillón. Una dulce pereza mental le hace entornar los ojos. Poco a poco lo va invadiendo el sueño. El Canciller sufre una pesadilla. Se ve de nuevo en Oviedes, en el castillo portugués, dentro de la jaula. Pero, qué extraño todo. Ya no le duelen las llagas. Ya no le pesan los hierros, ni las horas le parecen siglos. El silencio y la soledad lo acogen como en un suave regazo. Y hay allí tánto, tánto tiempo para escribir...